

Históricas Digital

Ana Carolina Ibarra y Gerardo Lara Cisneros
“La historiografía sobre la Iglesia y el clero”
p. 117-144

*La independencia de México:
temas e interpretaciones recientes*

Alfredo Ávila y Virginia Guedea (coordinación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2010

260 p.

(Serie Historia Moderna y Contemporánea 48)

ISBN 978-970-32-4997-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/479/independencia_temas.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



LA HISTORIOGRAFÍA SOBRE LA IGLESIA Y EL CLERO

Ana Carolina IBARRA
Gerardo LARA CISNEROS

En fechas recientes, la Iglesia, el clero y la religiosidad de los mexicanos se han convertido en objeto de estudio de un grupo creciente de historiadores. Este incremento trajo consigo una serie de novedades: no sólo se trata de una mayor producción, sino también de la riqueza de interpretaciones que se origina en los distintos temas y problemas estudiados, en las nuevas fuentes para su estudio y en los diversos enfoques que permiten acceder de distinta manera a las múltiples vertientes que sugiere el estudio de la Iglesia. Así, puede decirse que, en los últimos años, el estudio de los temas relacionados con la Iglesia se ha abordado desde la cultura política, desde la historia social de las instituciones, desde la semántica y la lingüística, desde la retórica y el discurso. Además de reconocerla como fuente de un extraordinario poder económico, para la época que nos ocupa la Iglesia ha sido reconocida como actor social, como resumidero de creencias, como fuente de tradiciones, elemento que articula las relaciones no sólo con el más allá, sino entre los mortales, en lo económico, en lo social, en lo político y en lo cultural.

La historia de la Iglesia ha llamado la atención de especialistas de distintas disciplinas, situación que es destacable, toda vez que hasta mediados del siglo XX los que mayormente se ocuparon del tema fueron autores vinculados de una u otra forma a la institución. En tanto la historia eclesial y de las religiones se convierte en un campo de interés generalizado entre los académicos, la historiografía ha tendido a superar posturas irreconciliables que dieron lugar a viejas discusiones entre sus partidarios y sus detractores.

Un amplio grupo de historiadores se dedica ahora a investigar temas relacionados con lo religioso, al tiempo que las fuentes eclesiásticas son revaloradas, sea para conocer mejor a la institución, las prácticas y creencias religiosas, o bien para estudiar a través de sus registros a la sociedad, la economía o el arte de una época determinada. En los últimos años, han aparecido estudios de gran amplitud y alcance. Algunos de ellos son trabajos de carácter exhaustivo que se han beneficiado



de la consulta de los más diversos repositorios y colecciones documentales: desde los grandes archivos como el Archivo General de Indias o el Archivo General de la Nación, hasta los archivos locales. Varios archivos eclesiásticos han abierto sus puertas a los estudiosos en los últimos años: tanto los archivos catedralicios como los parroquiales, los fondos y las colecciones de folletería y otros impresos de los que los investigadores han sabido sacar un gran provecho.

Respecto a la situación de la Iglesia en el breve pero decisivo lapso que corresponde a las luchas por la independencia de la Nueva España, varios son los temas que más han llamado la atención. El que muchos de los principales dirigentes de la insurgencia mexicana fueran eclesiásticos ha obligado a preguntarse sobre los motivos de su participación. Otros tópicos que han sido objeto de interés son los que tienen que ver con la crisis de los privilegios eclesiales en una era de revoluciones, el destino de sus recursos ante el impulso secularizador, el impacto social de estas transformaciones, la influencia de nuevas y viejas ideologías entre los eclesiásticos, entre otros temas.

En este ensayo aspiramos a ofrecer un panorama, lo más completo posible, de las principales obras y líneas de investigación que han orientado la producción historiográfica de fines del siglo XX y el primer lustro del siglo XXI. Nos preocupa destacar la aportación de aquellas obras que han tenido mayor trascendencia en la historiografía de los últimos años, pero también dar cuenta de artículos y trabajos de tesis que consideramos representativos. Desde luego, resulta indispensable hacer mención de aquellos autores que, aunque no están comprendidos en estas miradas recientes, realizaron trabajos pioneros. A partir de esta mirada de conjunto, el ensayo permitirá descubrir las principales líneas que han guiado el devenir historiográfico sobre la situación de la Iglesia y el clero durante la crisis de independencia de Nueva España, describir sus principales influencias y sus resultados. Del amplio espectro de temas relacionados con la independencia, hemos privilegiado aquellos trabajos que consideramos más directamente vinculados con el tema de la Iglesia como institución y todo aquello que está relacionado con el clero; por razones de espacio y por abordar problemáticas que se alejan de lo estrictamente independentista, han quedado fuera los estudios que se refieren a religión, culto, liturgia y otros temas como la teología o la historia del arte.

Como una buena parte de las obras que estudian la situación de la Iglesia en la época borbónica han hecho una contribución decisiva a la comprensión de procesos de más largo plazo, arrojando así luces importantes sobre los motivos y fuerzas que provocaron la insurrección de 1808-1821, consideramos que era necesario referirnos a ellos en

este ensayo. Así, entre los trabajos e interpretaciones estudiadas, incluimos las de autores muy destacados que se ocupan de las transformaciones de las últimas décadas del siglo XVIII. Sus aportes han sido determinantes para comprender el origen, motivaciones y la conducta de la Iglesia y el clero durante el proceso de independencia. En consecuencia, el ensayo establece una periodización amplia que abarca desde la época borbónica hasta la independencia.

La Iglesia en una época de crisis

Varios son los autores que han señalado la necesidad de entender la independencia de México como parte de una época de transformaciones que no terminaría sino hasta bien entrado el siglo XIX.¹ Para ellos, el estudio del periodo borbónico en la Nueva España es prioritario, pues una visión de conjunto y de larga duración proporciona enfoques novedosos sobre un asunto tan intenso y cambiante como el de la independencia de México, un enfrentamiento armado sobre el que ha corrido tanta tinta.

La importancia que la Iglesia y el clero tuvieron en el proceso de independencia de Nueva España se puede deducir del número de obras que tocan el asunto, pero sobre todo del tratamiento que autores de diferentes épocas le han dado. Es destacable la creciente atención que diversos investigadores han otorgado al periodo de los treinta o cuarenta años previos a 1810. A su estudio obliga el hecho de que esta longeva institución centenaria posee una dinámica interna que ha respondido, a veces de forma muy pausada y a veces con gran agilidad, a los desafíos de cada coyuntura histórica. Aunque se mueve dentro de marcos institucionales, su estudio se presta para plantear historias de largo aliento o de larga duración. Quizás por ello, cada vez con más frecuencia, los historiadores interesados en la Iglesia de la época independentista voltean la mirada a la reflexión sobre esta institución durante los años previos al inicio de la lucha armada. Tomando en cuenta esto, pretendemos identificar la línea de análisis que une los trabajos que durante los últimos años han trazado una continuidad entre la Iglesia y clero borbónicos y los de la época independentista. La imagen de fondo es la de la Iglesia católica como una embarcación que sorteó

¹Un ejemplo de este enfoque es el que emplea François Xavier Guerra en sus obras: *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, Madrid, Mapfre, 1992 (Colecciones MAPFRE 1492. Colección Relaciones entre España y América; XI, 16); y *Las revoluciones hispánicas. Independencias americanas y liberalismo español*, Madrid, Complutense, 1995.



el agitado mar borbónico, aguas con oleajes encrespados que poco a poco se convirtieron en tormenta independentista, piélago sobre el que la nave eclesial se mantuvo a flote no sin sufrir severos cambios y escisiones.

La historiografía reciente sobre la primera mitad del siglo XIX mexicano nos invita a mirar en retrospectiva algunas de las principales transformaciones que sobrevinieron durante ese periodo. Así, muchos autores se enfocaron a dilucidar las trascendencias de las transformaciones borbónicas de la segunda mitad del siglo XVIII para entender el proceso emancipador. Los interesados en la historia de instituciones como la Real Hacienda, el Ejército o la Iglesia, han acudido con mayor frecuencia a esta periodización amplia que exige tomar en cuenta la historiografía dedicada a estudiar el periodo precedente: el de las Reformas Borbónicas.

Los estudiosos han estado muy interesados en esta etapa, que corresponde todavía a los años en que el imperio español, y no sólo la Iglesia novohispana, fueron sometidos a reformas que ocasionaron no pocos conflictos, enfrentamientos y vicisitudes. Reformas que se incrustaron en los tradicionales usos y costumbres afectando así a grupos de poder, añejas inercias y estructuras de la sociedad, burocracia e Iglesia en Nueva España. Como toda reforma, la política regalista contó con entusiastas promotores, como el arzobispo Lorenzana,² pero también con enconados detractores que respaldaron las no pocas resistencias que se manifestaron en diferentes ámbitos y grados. Un buen ejemplo de ello fue la gestión de fray Antonio de San Miguel, en Valladolid de Michoacán. Hubo, desde luego preladados que apoyaron ciertas reformas pero combatieron otras, además de miembros del clero secular que encabezaron desobediencias a diferentes niveles que iban desde simples obstrucciones hasta alzamientos populares.³

²La gestión del cardenal Lorenzana ha llamado la atención de los investigadores, en este caso sólo mencionaremos a la autora que ha puesto mayor énfasis su gestión: María Luisa Zahino Peñafort, "La cuestión indígena en el IV Concilio Provincial Mexicano", en *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, Zamora, Michoacán, México, El Colegio de Michoacán, invierno de 1990, v. XII, núm. 45, p. 5-31; *Iglesia y sociedad en México. 1765-1800. Tradición, reforma y reacciones*, México, Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Investigaciones Jurídicas, 1996 (Serie C: Estudios Históricos, núm. 60); y *El cardenal Lorenzana y el IV Concilio Provincial Mexicano*, Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Investigaciones Jurídicas/Universidad de Castilla-La Mancha, 1999.

³Por ejemplo los motines suscitados a raíz de la expulsión de los miembros de la Compañía de Jesús en Nueva España. La revisión más completa y reciente de este asunto se la debemos a Felipe Castro Gutiérrez, *Movimientos populares en Nueva España. Michoacán, 1766-1767*, México, UNAM, IIH, 1990 (Serie Historia Novohispana: 44); y sobre todo *Nueva ley y nuevo rey. Reformas borbónicas y rebelión popular en Nueva España*, México, UNAM, IIH/El Colegio de Michoacán, 1996.

El libro de Nancy Farriss publicado por la Universidad de Londres en 1968,⁴ marca de manera definitiva los estudios sobre la historia de la Iglesia novohispana de la segunda mitad del siglo XVIII. Los temas más notados por la profesora británica apenas habían sido abordados de forma general en obras que abarcaban la historia de la Iglesia colonial y decimonónica.⁵ Y aunque el trabajo de Farriss tampoco se restringe al periodo en cuestión, es importante señalar que presenta una panorámica de conjunto en la que la segunda mitad del siglo XVIII y la independencia son tratadas como parte de un mismo proceso. Después de este primer acercamiento de Farriss fue el padre Francisco Morales, en 1974, el primero en abordar la historia de la Iglesia en un periodo que se caracterizó por la gran cantidad de conflictos en los que la Iglesia se vio involucrada: el periodo 1767-1834.⁶ Llama la atención el lapso definido por Morales, en el que la independencia constituye un hito que se inscribe en un plazo de más larga duración que el tradicional de 1810-1821. En este sentido, la obra del padre Morales también sienta un precedente.

Volviendo a Farriss, la obra *Crown and Clergy in Colonial Mexico, 1759-1821: the Crisis of Ecclesiastical Privilege*, que fuera su tesis doctoral, vio la luz en español apenas en 1995. La obra reseña la compleja relación que se estableció entre el clero y la Corona en la Nueva España, desde la óptica de un proceso de larga duración en el que se perciben las vías que ambos actores tomaron a lo largo de casi 250 años. Caminos que se separaron a medida que el clero fue acumulando influencia sobre una población que se veía sometida a dos majestades. Esto fue haciendo que ciertos sectores del clero, por ejemplo los miembros de la Compañía de Jesús, se convirtieran en compañeros incómodos para la monarquía. Rutas institucionales que tomaron direcciones opuestas en especial cuando la Corona se decidió a recuperar los privilegios que a lo largo del tiempo había ido cediendo al clero.

⁴ Nancy Marguerite Farriss, *Crown and clergy in colonial Mexico, 1759-1821: the crisis of ecclesiastical privilege*, Oxford, University of London, 1968 (University of London Historical Studies: 21). [En español: Nancy M. Farriss, *La Corona y el clero en el México colonial 1759-1821. La crisis del privilegio eclesiástico*, trad. de Margarita Bojalil, México, Fondo de Cultura Económica, 1995 (Sección de Obras de Historia)]

⁵ Tal es el caso de las obras clásicas sobre la historia de la Iglesia católica en México como la del padre Mariano Cuevas, *Historia de la Iglesia en México*, 5 v., México, Patria, 1946-1947; Francisco Sosa, *El episcopado mexicano. Biografía de los ilustrísimos señores arzobispos de México desde la época colonial hasta nuestros días*, 2 v., México, Jus, 1962 (Figuras y episodios de la historia de México: 106-107); y José Bravo Ugarte, *Diócesis y obispos de la iglesia mexicana, 1519-1965*, México, Jus, 1965 (Colección México heroico: 39)

⁶ Francisco Morales, *Clero y política en México, 1767-1834*, México, Secretaría de Educación Pública, 1974 (SepSetentas, 224).



El libro de Farriss ha tenido un fuerte impacto en la historiografía sobre la Iglesia mexicana, pues en más de un sentido ha sido pionera: tanto en el ámbito de la historia institucional con un enfoque de larga duración, como en señalar a la independencia como un conflicto en el que el clero participó abiertamente, en gran parte como reacción a los ataques contra sus privilegios e inmunidades tradicionales.

Obra con un marcado acento jurídico, a decir de su autora, tiene el propósito de “explorar un aspecto de las relaciones entre la Iglesia y el Estado en el México colonial que no ha sido muy estudiado: el ejercicio del control real sobre el comportamiento y las actividades del clero, función considerada por la Corona española tan vital para los intereses del Estado como la otra cuestión, más estudiada, del control real sobre la administración de la Iglesia”.⁷ Fue éste un periodo de crisis en las relaciones entre Iglesia y Estado, etapa que marcó la transición de la interdependencia de intereses de la era de los Habsburgo al abierto antagonismo Iglesia-Estado que ha sido característica tan marcada de la historia mexicana desde la independencia. En gran medida, lo que provocó y sustentó esta crisis fue el conflicto básico entre la necesidad del Estado de ejercer autoridad sobre un clero poderoso e influyente y la pretensión de éste último de no acatarla. Al seguir paso a paso su desarrollo, Farriss intenta esclarecer el papel social, político y económico del clero en el México colonial, así como analizar el origen y las consecuencias de la decisión de la Corona española de poner freno al poder y al privilegio eclesiástico después de promoverlo durante siglos.

Autor de sendos estudios sobre la Nueva España borbónica, *Haciendas and Ranchos in the Mexican Bajío: León 1700-1860*, y *Miners and Merchants in Bourbon Mexico 1763-1810*,⁸ en 1994 David Brading publicó en español su tercer libro sobre el México ilustrado: *Una iglesia asediada: el obispado de Michoacán, 1749-1810*,⁹ Obra de enfoques más amplios que sus antecesoras y al mismo tiempo más constreñida en el tema de la Iglesia dieciochesca, *Una iglesia asediada* describe el mundo eclesiástico michoacano de la segunda mitad del siglo XVIII y de los años previos al inicio de la lucha por la independencia de México. Bra-

⁷ Farriss, *La Corona...*, p. 13.

⁸ David A. Brading, *Miners and Merchants in Bourbon Mexico 1763-1810*, Cambridge, University of Cambridge, 1971 [David A. Brading, *Mineros y comerciantes en el México borbónico (1763-1810)*, trad. de Roberto Gómez Ciriza, 1ª. reimp. México, FCE, 1983 (Sección de Obras de Historia)] y *Haciendas and Ranchos in the Mexican Bajío: León 1700-1860*, Cambridge, University of Cambridge, 1978.

⁹ Para el tema que nos ocupa, su trabajo más importante es *Una iglesia asediada: el obispado de Michoacán, 1749-1810*, trad. de Mónica Utrilla de Neira, México, FCE, 1994 (Sección de Obras de Historia).

ding se adentra en este universo eclesiástico a partir de tres caminos: el clero regular, el clero secular y las actividades religiosas de los laicos, y por último, la alta jerarquía eclesiástica representada por los obispos y los miembros del cabildo catedral de Valladolid. En su argumentación identifica un clero ilustrado cuyo “papel en la insurgencia de 1810 sólo se puede explicar como reacción al prolongado y continuo ataque a los privilegios, la jurisdicción, la riqueza y los ingresos de la Iglesia mexicana, ataque lanzado desde Madrid por ministros que no conocían siquiera las realidades de la Nueva España”.¹⁰

Esta obra marca un momento clave en la historiografía sobre la Iglesia en México, pues aunque coincide con las tesis de Farriss en lo concerniente a la pérdida de los privilegios eclesiásticos, Brading concibe su análisis de la institución eclesial dentro de una temporalidad en la que la independencia es vista como la culminación y consecuencia lógica de un periodo de cambios y transformaciones. Brading explica en parte la historia institucional desde una perspectiva extrínseca a la esfera eclesiástica. Al mismo tiempo, es merced a la independencia que la dimensión temporal cambia los marcos tradicionales del análisis.

Los alcances de la obra de Brading van mucho más allá de explicar la participación del clero en la independencia. De hecho, *Una Iglesia asediada* ofrece la radiografía de la Iglesia y la religiosidad michoacana en la segunda mitad del siglo XVIII. En ese retrato se dibujan con nitidez las profundas complejidades antropológicas de los comportamientos religiosos de la heterogénea población dieciochesca, así como las experiencias de vida de los miembros del clero regular y secular, al mismo tiempo que se muestra el mundo de las altas jerarquías eclesiásticas. De estas jerarquías se ocuparon un poco después los trabajos de Oscar Mazín y Ana Carolina Ibarra entre otros.

Los trabajos de Óscar Mazín,¹¹ han sido prácticamente los detonadores de una vena historiográfica de historia institucional especializada en el estudio de los cabildos catedralicios. Aunque su obra no cubre el periodo, su alcance es tal que propone y proyecta una serie de elementos que es imposible ignorar para comprender la situación de la

¹⁰ *Ibidem*, p. 21.

¹¹ Oscar Mazín, “Secularización de parroquias en el antiguo Michoacán”, *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, Zamora, Michoacán, México, Colmich, primavera de 1986, v. VII, núm. 26, p. 23-24; “Reorganización del clero secular novohispano en la segunda mitad del siglo XVIII”, *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, Zamora, Michoacán, México, El Colegio de Michoacán, verano de 1989, v. X, núm. 39, p. 77-78; *El cabildo catedral de Valladolid de Michoacán*, Zamora, Michoacán, México, Colmich, 1997 (Colección Investigaciones), y Ana Carolina Ibarra, *El cabildo catedral de Antequera Oaxaca y el movimiento insurgente*, Zamora, Michoacán, México, El Colegio de Michoacán, 2000.



Iglesia en la independencia. Mazín se ocupa de procesos de larga duración que recorren desde los orígenes del cabildo vallisoletano hasta la crisis borbónica, pasando por periodos de expansión y apoteosis del poder capitular. Es un enfoque ambicioso, puesto que prácticamente abarca los tres siglos coloniales y se refiere tanto al esfuerzo económico del cabildo como a las claves de su institucionalidad y vigencia. El cabildo no es visto exclusivamente como un engranaje fundamental para el funcionamiento de la institución, sino como la corporación que posee fuerza suficiente para orientar un proyecto sociocultural de envergadura. Mazín combina una profunda labor de investigación archivística con una propuesta de análisis de temas novedosos que comienza a trazar una nueva tradición historiográfica.

Para Mazín, "... el cabildo catedral [es] una corporación de carácter instrumental, una especie de esponja que absorbe las más diversas realidades históricas, que contribuye a esclarecer la dimensión local y regional de los procesos que giran en torno a su catedral, y que hace posible el acercamiento comparativo entre esos procesos, aspecto este último obligatorio en cualquier estudio histórico".¹²

A decir del propio autor, tres rasgos se desprenden de la historia de los cabildos catedralicios: su capacidad para suscitar el estudio de vastas y complejas realidades históricas (una cualidad que le viene indudablemente de su carácter esencial en la evolución de la iglesia catedral); su capacidad de vehicular los componentes locales y regionales de cada catedral a partir de distintas perspectivas tales como las relaciones con los obispos, el crédito eclesiástico, la construcción de la iglesia o las relaciones con Madrid; y por último, la posibilidad que ofrecen de hacer un trabajo comparativo que, partiendo de los mismos elementos constitutivos de los cabildos catedrales de Nueva España, proporciona una rica diversidad atendiendo a temáticas locales.¹³ Las propuestas de Mazín son retomadas por las investigaciones de Luisa Zahíno, Ana Carolina Ibarra y Daniela Ibarra, entre otras.¹⁴

Si bien es cierto que William B. Taylor había presentado significativos avances de su trabajo sobre el clero secular en el siglo XVIII,¹⁵ es

¹² Oscar Mazín, "El cabildo catedral y la investigación histórica", en Nelly Sigaut (ed.), *La Iglesia católica en México*, Zamora, Michoacán, Colmich/ Segob, 1997, p. 144.

¹³ *Ibidem*.

¹⁴ Ana Carolina Ibarra, *El Cabildo Catedral...*; Luisa Zahíno Peñafort, *Iglesia y sociedad...*; Daniela Ibarra, *El gobierno eclesiástico de Michoacán y la guerra de Independencia, 1810-1815*, tesis presentada para obtener el grado de licenciada en Historia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2002.

¹⁵ William B. Taylor, "... De corazón pequeño y ánimo apocado. Conceptos de los curas párrocos sobre los indios en la Nueva España del siglo XVIII", *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, Zamora, Michoacán, México, El Colegio de Michoacán, verano de 1989, v. X, núm.

su monumental obra *Ministros de lo sagrado. Sacerdotes y feligreses en el México del siglo XVIII*,¹⁶ la que se ha constituido en fundamental para el estudio de la Iglesia y el clero de la Nueva España del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX. Este libro vio la luz en inglés en 1996 y en español en 1999. El objeto de estudio principal de la obra de Taylor es el clero secular y su universo en la Nueva España del siglo XVIII y se ocupa de un tema casi ignorado por la historiografía de la Iglesia en México: los curas párrocos de México.

El libro de Taylor constituye una profunda y extensa investigación en fuentes primarias, a través de las que el autor se adentra en el tema de estudio a partir de múltiples enfoques (historia institucional, cultural, económica, política, judicial, educativa e intelectual entre otras). Sin embargo, si algún rasgo parece predominar a lo largo de las más de 800 páginas repartidas en los dos volúmenes que conforman la edición en español, es el acento puesto en un tratamiento de corte antropológico, visible por ejemplo en las ricas páginas destinadas a tratar las manifestaciones locales de la religión católica, la manera de abordar el ámbito parroquial a la forma del etnógrafo que observa una comunidad. Es quizás esta característica del libro de Taylor la que le da una especial riqueza al momento de abordar todos los temas relacionados con las manifestaciones religiosas más que con los aspectos institucionales de la religión y de la Iglesia.

Una obra como ésta es resultado de una investigación de largo aliento, resultado del trabajo de años y producto de una serie de ensayos parciales o sobre temas particulares. En este sentido, es un libro de síntesis del trabajo personal, es decir un texto de recopilación de la obra del propio Taylor.

Es necesario señalar, al mismo tiempo, que *Ministros de lo sagrado* es un trabajo en el que los aportes de autores como Farriss, Brading o Mazín encuentran una argumentación que las amalgama en función de la explicación relativa a las circunstancias del clero secular. Es también en este sentido una obra de síntesis del trabajo colectivo.

Taylor pone al descubierto la dinámica de la vida parroquial a lo largo del siglo XVIII, y a pesar de que su obra está ordenada por criterios temáticos y no cronológicos, es posible visualizar con claridad los

39, p. 1-59; "El camino de los borbones y de los curas párrocos hacia la modernidad", en Brian Connaughton, Álvaro Matute y Evelia Trejo (coordinadores), *Estado, Iglesia y sociedad en México. Siglo XIX*, México, UNAM-FFyL/Miguel Ángel Porrúa, 1995.

¹⁶ William B. Taylor, *Magistrates of the Sacred*, Stanford, Stanford University Press, 1996. [Traducción al español: William Taylor, *Ministros de lo sagrado. Sacerdotes y feligreses en el México del siglo XVIII*, 2 v., trad. de Óscar Mazín y Paul Kersey, México, Colmich/Segob/Colmex, 1999]



ritmos que identifican a la segunda mitad del siglo XVIII como el periodo de mayores transformaciones para la Nueva España colonial. Aunque *Ministros de lo sagrado* está consagrada a explicar al clero secular, no es ocasional ni secundaria la aparición del clero regular: Taylor se refiere al proceso de secularización de las doctrinas y a la influencia de los frailes en la organización de las cofradías y del culto a los santos.

Son también de gran interés las páginas dedicadas a trazar el perfil que tuvieron los curas párrocos a lo largo de los diferentes momentos que caracterizaron al convulso siglo XVIII, y en especial de aquellos curas que se incorporaron a la lucha por la Independencia política de la Nueva España, cuestión a la que habremos de referirnos en otro apartado. Cabe insistir que Taylor sitúa, como Farriss y Brading, la explicación a la nutrida participación de miembros del clero en esta lucha a partir de la evolución que esa clerecía ilustrada había tenido en la segunda mitad del siglo XVIII.

En el año de 1996 se publicó el libro *Hacia una Iglesia beligerante. La gestión episcopal de fray Antonio de San Miguel en Michoacán, 1784-1804. Los proyectos ilustrados y las defensas canónicas*, de Juvenal Jaramillo.¹⁷ Aunque la obra se adentra en la gestión episcopal del obispo San Miguel, el trabajo describe magníficamente la situación de la Iglesia michoacana ante los embates del regalismo borbónico. En cierta forma, se puede decir que Jaramillo sigue las huellas de Farriss para el caso de Michoacán. Por otra parte, su libro se acerca a los estudios de corte regional, que en el caso del Michoacán del siglo XVIII y preindependentista tienen en Óscar Mazín¹⁸ y Germán Cardozo Galué¹⁹ a dos importantes representantes. El resumen que Jaramillo hace de las pugnas entre Estado e Iglesia durante el siglo XVIII resulta de interés por constituir una revisión de lo publicado hasta entonces. Su resumen sobre el galicanismo, el jansenismo y el regalismo y su influencia para los “modernistas cristianos”, “reformistas católicos” o “ilustrados católicos” en la Iglesia ilustrada de Michoacán, son un punto de reflexión interesante para el estudio de la Iglesia preindependentista.

¹⁷ Juvenal Jaramillo, *Hacia una Iglesia beligerante. La gestión episcopal de fray Antonio de San Miguel en Michoacán, 1784-1804. Los proyectos ilustrados y las defensas canónicas*, Zamora, Michoacán, México, Colmich, 1996.

¹⁸ Óscar Mazín, “Reorganización del clero secular novohispano en la segunda mitad del siglo XVIII”, *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, Zamora, Michoacán, México, Colmich, verano de 1989, v. X, núm. 39, p. 77-78; y también del mismo autor *Entre dos majestades. El obispo y la iglesia del Gran Michoacán ante las reformas borbónicas, 1758-1772*, Zamora, Michoacán, México, Colmich, 1987.

¹⁹ Germán Cardozo Galué, *Michoacán en el siglo de las luces*, México, Colmex, 1973.

Aunque el libro *Iglesia y sociedad en México. 1765-1800. Tradición, reforma y reacciones*²⁰ de Luisa Zahíno Peñafort busca presentar una panorámica del estado que la Iglesia del Arzobispado de México guardaba a finales del siglo XVIII, centra su atención en la gestión del arzobispo Lorenzana y en particular en las consecuencias del fracasado IV Concilio Provincial Mexicano. El texto dedica su atención al cabildo eclesiástico y sus miembros, las parroquias y sus feligreses, las cofradías y sus funciones económicas y sociales, el clero regular (aunque omite a la orden de los agustinos), y a los jesuitas y su proceso de expulsión. El resultado constituye un ejercicio de revisión de lo publicado sobre obras que en años anteriores habían comenzado por presentar una nueva perspectiva acerca de temas vinculados a la Iglesia de la segunda mitad del siglo XVIII. Tal es el caso de sus comentarios a los trabajos de Asunción Lavrin, Dorothy Tanck y Pilar Gonzalbo sobre cofradías, conventos e ilustración eclesiástica. De hecho, junto con las obras de Taylor y Jaramillo, el trabajo de Zahíno abrió paso a un ejercicio revisionista que empezó a trazar nuevos derroteros historiográficos.

Como otras obras dedicadas al estudio de los cabildos, la de Zahíno ofrece una radiografía de la composición social de la corporación. Demuestra que, a diferencia de lo que se pensaba, la participación de los peninsulares fue mucho menos importante. En contraste, muestra que el papel de los americanos en el control del cabildo fue dominante en la Arquidiócesis. Su reconstrucción de las estrategias de la oposición de baja intensidad que el clero novohispano mantuvo ante las reformas impulsadas por la Corona, en especial cuando los cambios intentaron tocar aspectos económicos como los diezmos, prefiguran la conformación del bando de clérigos insurgentes.

Resultado de los nuevos intereses que guían a los investigadores del pasado eclesial e insurgente a cruzar sus caminos, la obra de Ana Carolina Ibarra sobre el cabildo catedralicio del obispado de Antequera y su relación con el movimiento insurgente, aparecida en el año 2000, marca un interesante cruce de corrientes historiográficas que no siempre han transitado de la mano. En cierta medida, este libro marca la renovación de la historiografía que tiene como centro de interés el estudio de una institución de conocida longevidad dentro del marco de una coyuntura de corta duración: el movimiento de independencia de la Nueva España. Otra novedad es que la obra deja constancia del interés y empeño que los insurgentes pusieron en los asuntos de la Iglesia, interés que se manifiesta particularmente durante la estancia de Morelos en Oaxaca. Al referirse al comportamiento

²⁰ Zahíno, *Iglesia y sociedad en México...*



del cabildo frente a las nuevas circunstancias da cuenta de la ruptura de los principios de colegialidad que articulan tradicionalmente a los cabildos. En sus páginas es posible apreciar al cabildo como un coro compuesto por muy diversas voces. De alguna manera, el comportamiento ambiguo de los capitulares de Oaxaca, bien puede ofrecer una pista para evaluar las actitudes del clero frente a la coyuntura en otros obispados de la Nueva España.

Quizás la obra más reciente en este momento sobre el tema de la Iglesia y la Independencia de Nueva España, es el libro de Gabriel Torres Puga sobre el Tribunal del Santo Oficio durante la lucha por la independencia. Este texto es un bien documentado estudio de cómo se comportó la Inquisición ante el advenimiento del movimiento insurgente.²¹ Al igual que los trabajos de Ibarra, el de Torres Puga busca estudiar una añeja institución en tiempos de crisis revolucionaria, es, por lo tanto, reflejo de los nuevos enfoques que guían las híbridas investigaciones acerca de la independencia, la historia de las instituciones y/o la historia eclesiástica. El trabajo aporta grandes novedades acerca del temido Tribunal del Santo Oficio, ya que, contrario a lo que habíamos supuesto, su debilidad y poca eficacia lo colocan mas bien como un órgano burocrático que lucha por sobrevivir en un mundo que se encamina hacia la modernidad.

Antes de cerrar este apartado, vale la pena mencionar un par de investigaciones de tesis que, nos parece, han hecho aportes sobresalientes al tema. El trabajo inédito de Berenice Bravo Rubio y Marco Antonio Pérez Iturbe, *Una Iglesia en busca de su independencia: el clero secular del Arzobispado de México 1803-1822*,²² y el de Daniela Ibarra, de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, ya mencionado.²³ El primero recoge una enorme información sobre la estructura de la Iglesia católica en el Arzobispado de México. El trabajo se refiere a la historia del obispado desde la víspera de la insurrección hasta 1822. Es una obra de historia institucional en estricto sentido, pues se ocupa de la estructura jurídica, política y económica del Arzobispado. La documentación proviene del Archivo Histórico del Arzobispado de México. El segundo trabajo al que hacemos referencia, el de Daniela Ibarra, estudia la guerra insurgente en el obispado de Michoacán, una diócesis

²¹ Gabriel Torres Puga, *Los últimos años de la Inquisición en la Nueva España*, México, Miguel Ángel Porrúa/Conaculta: INAH, 2004.

²² Berenice Bravo Rubio y Marco Antonio Pérez Iturbe, *Una Iglesia en busca de su independencia: el clero secular del Arzobispado de México 1803-1822*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Escuela Nacional de Estudios Profesionales "Acatlán", 2001 [Tesis de licenciatura en historia]

²³ Daniela Ibarra, *El Gobierno...*

en la que la coyuntura determina un verdadero cisma, según lo muestra la autora. El análisis de los acontecimientos que se desarrollan en la mitra michoacana y de la participación del clero regional, ofrece una interpretación sugerente para futuros trabajos comparativos.

A unos años de conmemorar los doscientos años del inicio de la lucha por la independencia la historiografía que estudia a la Iglesia, como institución, tiene trazados varios caminos por los que seguramente seguirá transitando en los años venideros.

La participación de los curas

De Alamán hasta nosotros, mucho se ha escrito sobre la participación de los curas en la insurgencia. La historia oficial, no obstante su marcada impronta anticlerical, logró conciliar la presencia de los curas en las luchas insurgentes, e incluso sacar provecho de la respetabilidad que para el pueblo mexicano sugiere el uso de la sotana por parte de los padres de la patria. El venerable Hidalgo aparece en la mayor parte de las ocasiones vestido como sacerdote y la iconografía de Morelos evoca esa condición cuando menos en parte de su atuendo. No obstante, hasta muy recientemente, la historiografía no se había hecho cargo del asunto de la religiosidad de los padres fundadores. Hubo una cierta equiparación de su condición de pastores espirituales con su calidad de líderes, sin embargo, sus referentes intelectuales se asociaron con la Ilustración y la Enciclopedia, sus intereses con los de la nación y las causas de los mexicanos. La historiografía reciente ha dado un vuelco en ese sentido.

Una primera consideración es que, más o menos a partir de 1968 en que aparecieron las obras del padre Francisco Morales, Nancy Farriss y Ann Staples,²⁴ el tema de la Iglesia y de los eclesiásticos en la época que va de las reformas borbónicas a la independencia, empieza a cobrar importancia entre los académicos. Ciertamente, en el caso de México, ya habían aparecido antes trabajos breves pero significativos como los de José Bravo Ugarte,²⁵ aparte de la obra pionera del historiador antillano Fernando Pérez Memen que fue su tesis doctoral y se publicó en 1977.²⁶

²⁴ Morales, *op. cit.*; Farriss, *Crown and Clergy...*, y Anne Staples, *La Iglesia en la primera república federal mexicana, 1824-1835*, México, Secretaría de Educación Pública, 1976 (Septentas 237).

²⁵ José Bravo Ugarte, "El clero y la independencia. Ensayo estadístico de los clérigos y religiosos que militaron durante la independencia en las filas insurgentes, trigarantes y realistas", *Ábside. Revista de Cultura Mexicana*, v. 10, México, UNAM, octubre de 1941.

²⁶ Fernando Pérez Memen, *El episcopado y la independencia de México*, México, Editorial Trillas, 1977.



En la década de los 80, un número creciente de autores se concentra por entero en el estudio de la Iglesia. Entre los ejemplos más significativos están William Taylor²⁷ y Brian Connaughton,²⁸ que comienzan entonces investigaciones de largo aliento que se publicarán después de 1990. Algunas de ellas dedicadas al estudio de los curas, otras en las que los curas aparecen como parte de un contexto más amplio.

Por esta razón, podemos decir que en esa década los curas entran en escena. Y no solamente Hidalgo y Morelos, sino los curas, como individuos o como miembros de una corporación. Por primera vez la historia académica (ya no la historia elaborada como apología de la Iglesia por sus propios integrantes) se pregunta de manera explícita acerca del porqué de la participación de los curas, qué tantos fueron los curas que participaron, en qué bando participaron, qué papel jugó la religiosidad de los curas mismos y la de los feligreses. En general, el tema de la Iglesia adquiere una gran popularidad en los 90 y, por lo tanto, sobre el tema que nos interesa, la participación de los curas en la guerra de independencia, el énfasis fue tal que hubo quien planteó la posibilidad de hablar de una guerra de religión. ¿Es posible que esto ocurriera en todos los lugares de la Nueva España insurgente? ¿Se ha sobrevalorado el asunto? Algunos estudios recientes apuntan en ese sentido.²⁹

La eclosión de publicaciones y tesis sobre el tema de la Iglesia en la última década llama sin duda la atención y puede ser motivo de un primer balance. Así, si revisamos la evolución de los estudios recientes sobre la participación de los curas en la independencia, en una primera mirada nos damos cuenta de que los curas parecen haber pasado al primer plano. Ya no se trata exclusivamente del estudio de Hidalgo y Morelos, sino de interesarse por otros dirigentes que eran eclesiásticos, y también por la situación general de los eclesiásticos durante la guerra de independencia. Por otra parte, se aprecia cada vez más su participación no sólo del lado insurgente, sino también como curas alineados a la causa realista, y aún neutrales.³⁰ Como es bien sabido, la historia patria había colocado en un lugar central el asunto de los curas insur-

²⁷ Taylor, *Magistrates of the Sacred...*

²⁸ Connaughton, *Ideología y sociedad...*

²⁹ Eric Van Young, *The other rebellion. Popular violence, ideology, and the Mexican struggle for independence, 1810-1821*, Stanford, Calif., California University Press, 2001. Jesús Hernández Jaimes, "La insurgencia en el sur de la Nueva España, 1810-1814: ¿Insurrección del clero?", en Ana Carolina Ibarra (coord.), *La independencia en el Sur de México*, México, UNAM, 2004, p. 59-102.

³⁰ Como se indicó antes, Bravo Ugarte, "El clero y la independencia..." , fue el primero en incursionar en la participación de los curas en el bando realista; Taylor, *Magistrates of the sacred...*, insistirá en la neutralidad de la mayor parte de los curas. Por último Van Young, *op. cit.*, introduce una novedad: la pasividad de la mayor parte de los curas.

gentes, pero la historiografía reciente se pregunta acerca de aquellos curas, la gran mayoría, que no participaron en esa línea. Es posible advertir también que sus motivos pudieron tener que ver con la causa del clero (“la rebelión del clero”, como lo señaló originalmente el ministro inglés, Ward, y cierta historiografía reciente que recupera la misma frase)³¹ en tanto los Borbón habían amenazado sus privilegios, o también con los motivos de los grupos dominantes locales con quienes estos curas estuvieron asociados y por lo tanto el carácter regional del clero;³² la discusión entre los historiadores pondera de diferente manera estos aspectos. Cada vez es más claro que los curas insurgentes abrevaron en fuentes eclesiásticas para justificar su participación (o al menos son las que hacen explícitas en sus argumentos),³³ tema que retomaremos en el próximo apartado. Además, los insurgentes se consideraron a sí mismos como los abanderados de la “verdadera religión”. No se ha estudiado sistemáticamente, en cambio, el origen de los argumentos de los realistas, pero es posible que sean muy semejantes.³⁴ La discusión está también en torno a si fue el “bajo clero” el que tendió a abrazar la insurgencia y cuál sería la proporción del clero que se involucró en la contienda.³⁵

³¹ Véase Juan Ortiz, “La rebelión del clero”, en Marta Terán y José Antonio Serrano (editores), *Las guerras de independencia en la América española*, Zamora/Morelia, Michoacán, México, Colmich/Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2002.

³² En esta postura se sitúan los trabajos citados de Brian Connaughton y de William Taylor. Connaughton insiste en ello: “Hay muchos indicadores de que el marco de referencia era el diocesano, no nacional, lo cual permitía un juego delicado en que las fuerzas sociales regionales hicieran su aparición al interior de las posturas eclesiásticas”, Brian Connaughton, *Dimensiones de la identidad patriótica: religión, política y regiones en México, siglo XIX*, México, UAM/ Miguel Ángel Porrúa, 2001 (Biblioteca de signos: 8). La relación entre diócesis e intereses locales puede apreciarse en los trabajos de Ana Carolina Ibarra, *El cabildo catedral de Antequera Oaxaca...*; Carlos Juárez Nieto, *La oligarquía en Valladolid de Michoacán, 1749-1810*, Morelia, Congreso del Estado, 1993; y Michael Polushin, “Por la patria, el Estado y la religión. El derrocamiento del intendente en Ciudad Real en 1809”, en *La independencia en el Sur...*

³³ Al respecto puede consultarse a Carlos Herrejón Peredo, *Hidalgo, las razones de la insurgencia*, México, Secretaría de Educación Pública, 1987 (Cien de México). Taylor, *Magistrates of the Sacred*, retoma y amplía los argumentos de Herrejón.

³⁴ Una interesante excepción es el artículo de Carlos Herrejón Peredo, “Catolicismo y violencia en el discurso retórico, 1794-1814”, en Manuel Ramos Medina (comp.), *Historia de la Iglesia en el siglo XIX*, México, Condumex/ Colmex/ Colmich/UAM-I, 1998, que alude al discurso del clero contrarrevolucionario a través de Beristáin, Carrasco y Enciso, entre otros.

³⁵ Karl Schmitt, “The clergy in the independence of New Spain”, *Hispanic American Historical Review*, 61(4), 1954, había retomado el tema y además estimaba que un 10% del clero se había involucrado en la insurgencia. Una cantidad de autores siguió considerando que era el bajo clero el que participó en la guerra. La obra de Taylor, *Magistrates of the Sacred...* introduce una novedad en cuanto a que considera que los curas párrocos eran más bien una élite que gozaba de bastante buena situación. También habla de la cultura moderna y la alta jerar-



Vale la pena detenerse un poco para recoger las aportaciones de cada uno de los autores respecto al tema de la participación de los curas y a contrastar las distintas interpretaciones.

José Bravo Ugarte fue realmente el precursor. Aparte de su obra sobre el episcopado mexicano, en un artículo de 1948 el jesuita hace la primera nómina de los curas que pudo corroborar que participaron. De hecho, hace tres nóminas: una, la de los curas insurgentes, otra, la de los curas realistas, y añade un listado más sobre los trigarantes. Por mucho tiempo, éste se mantuvo como el único listado de los curas participantes.³⁶ En 1954 Karl Schmitt escribió un artículo adelantando estimaciones sobre la cuantía y origen de los curas insurgentes.³⁷ Luego Farriss coloca un apéndice a su libro, en el que lista los nombres de sacerdotes y eclesiásticos que fueron surgiendo en el proceso de su investigación.³⁸

Como se mencionó en páginas anteriores, actualmente la obra de William Taylor es una de las obras de mayor influencia para el estudio de la Iglesia y el clero secular. Aunque está referida a un espacio delimitado (la arquidiócesis de México y la diócesis de Nueva Galicia), sus conclusiones arrojan elementos básicos que merecen ser considerados en cualquier otro estudio sobre el tema. Taylor destaca el papel de los curas párrocos como agentes e intermediarios de la Iglesia oficial y entre las altas jerarquías de la Iglesia y del Estado español, pero además enfatiza el vínculo entre lo sagrado y lo profano. Aunque el trabajo se refiere sobre todo a la cultura política del siglo de las luces, desemboca en el proceso de la independencia, episodio al que entra de lleno en la parte final de la obra. Evidentemente, las preguntas (y sus respuestas) se ubican en los grandes temas que hemos señalado más arriba: la participación de los principales curas líderes de la insurgencia tiene más que ver con su ministerio de lo que se había supuesto; su discurso tiene como referente obligado las fuentes de su formación sacerdotal; las amenazas al privilegio eclesiástico y la propuesta de la reforma parroquial, si bien no pueden definirse como una causa de la insurrección, forman parte de un contexto indisociable.

Taylor analiza cuidadosamente la participación de los curas en los años 1810-1815 y hace algunas aportaciones que vale la pena destacar: en primer lugar, subraya el daño que la posición de neutralidad de la

quía eclesiástica. Todo ello ayuda a matizar mucho la división tajante entre alto y bajo clero. Taylor también ofrece estimaciones sobre la participación de los curas.

³⁶ Bravo Ugarte, "El clero y la independencia..."

³⁷ Schmitt, *op. cit.*

³⁸ Farriss, *op. cit.*

mayor parte de los curas representó para la causa realista. La inmensa mayoría de los curas eran criollos, de allí que probablemente no estuviesen tan dispuestos a tomar las armas a favor de los ejércitos peninsulares. Por eso, tal vez, como lo afirma Taylor, después de 1810 los curas eran mucho menos realistas de lo que lo fueron sus contrapartes civiles (los tenientes y los subdelegados). Así pues, aunque, hasta donde las estadísticas permiten concluir, la participación en la insurgencia no pasó del 10% de los curas, la mayoría no estaba dispuesta a tomar el partido de los peninsulares.

Taylor considera que no es posible minimizar el hecho de que más de una docena de curas párrocos fueran pivote de la insurrección, líderes imprescindibles, y aunque no suscribe versiones exageradas como las de Ward o Alamán, no deja de ver que los curas, tanto insurgentes como realistas, eran los líderes naturales de las masas. ¿Cuántos fueron?, se pregunta. “Los suficientes como para que fueran notorios”. Analiza la información estadística que tiene a su alcance y señala que por lo menos 145 curas participaron o manifestaron adhesión a la causa insurgente entre 1810 y 1815, incluyendo 97 de los 1027 del total de curas del país. Así, “la proporción de curas, 9% del total, aunque substancial está lejos de ser la participación masiva que sugiere Alamán”. Para Taylor, los curas insurgentes se concentraron en el Bajío, los altos de Jalisco, tierra caliente de Michoacán, Guerrero, Puebla y zonas adyacentes del estado de México.

En la medida en que la influencia de la historia patria se ha interesado exclusivamente en el estudio de los curas insurgentes, hay ausencia de estudios sobre los curas realistas. Por su parte, Taylor insiste en que una gran cantidad de curas tuvieron una participación irregular y a veces contradictoria. Así, por ejemplo, Matamoros, Cos, Herrera y otros fueron realistas en el comienzo y, repentinamente, se pasaron al bando insurgente; el caso de Francisco Severo Maldonado muestra una trayectoria inversa. No son excepciones, fueron éstas situaciones muy frecuentes.

Por sus dimensiones, por el apoyo documental en el que descansa, por la seriedad de sus argumentos, la obra de Taylor es una de las obras más citadas en los estudios posteriores sobre la época 1750-1821. Como muestra, baste mencionar su influencia en los trabajos de Brian Connaughton, Ana Carolina Ibarra, Michael Polushin, entre otros.

Como respuesta al incremento de los estudios sobre los curas en la Independencia, en su reciente obra, *The Other Rebellion*,³⁹ Eric Van

³⁹ Van Young, *op. cit.*



Young se coloca como “abogado del diablo”. Van Young va más allá de la revisión, hace “la revisión de la revisión”. En su amplia investigación (no solamente en fuentes de primera mano, sino también sobre la base de una consulta bibliográfica exhaustiva), insiste en que la participación de los curas ha sido sobrevalorada. Aunque calcula que alrededor del 20%, máximo 30% del total de los curas, se involucraron en la contienda, destaca la “lealtad pasiva” a la Corona de parte de muchos curas y relativiza su liderazgo, apoyando esta apreciación en una amplia documentación sobre visitas pastorales que más bien revela los conflictos entre curas y feligreses. Cuestiona también la interpretación de Farriss sobre los efectos de la crisis del privilegio eclesiástico en el clero e invita más bien al estudio individual de cada uno de los curas participantes. Es interesante destacar que, con todo, Van Young dedica al tema de la participación del clero en la insurgencia 4 de los 17 capítulos de su obra, aparte de aludir a este asunto y al de la religiosidad en otras partes de su libro.

Ciertamente, si atendemos a la sugerencia de Eric Van Young de revisar la trayectoria de los eclesiásticos que participaron en la guerra, ésta resulta más que ilustrativa de la complejidad política que revela la evolución de cada uno de estos personajes. Mencionaremos los trabajos más conocidos que sirven para mostrar evoluciones muy distintas, a partir de las cuales se realza inevitablemente la subjetividad de cada individuo.

La bibliografía hidalguista es posiblemente la más amplia que sobre un cura insurgente se ha producido. Un estudio de Martha Terán⁴⁰ permite apreciar las motivaciones que han orientado a los historiadores desde O’Gorman⁴¹ y Villoro⁴² hasta los trabajos recientes de Hugh Hamill⁴³

⁴⁰ Marta Terán (pról. y ed.), *Miguel Hidalgo. Ensayos sobre el mito y el hombre (1953-2003)*, México, Fundación Mapfre Tavera/Conaculta/INAH, 2004.

⁴¹ Edmundo O’Gorman, “Hidalgo en la historia. Discurso de ingreso pronunciado por el señor doctor don Edmundo O’Gorman”, *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia. Correspondiente de la Real de Madrid*, México, Academia Mexicana de Historia, XXIII, julio-septiembre de 1964, p. 221-239.

⁴² Luis Villoro, “Hidalgo: violencia y libertad”, *Historia mexicana*, México, Colmex, v. II, núm. 2, octubre-diciembre de 1952, p. 223-239; *La revolución de independencia. Ensayo de interpretación histórica*, México, UNAM, 1953. Esta obra es más conocida como *El proceso ideológico de la revolución de independencia*, título con el que apareció desde la segunda edición en 1967.

⁴³ Hugh M. Hamill Jr., [reseña] *La Revolución de Independencia: Ensayo de interpretación histórica*, by Luis Villoro, México, UNAM, Imprenta Universitaria-Consejo de Humanidades, Ediciones del Bicentenario del Nacimiento de Hidalgo, 239 p., *Hispanic American Historical Review*, New York University Press, v. 34, núm. 4, nov. 1954, p. 559-560.

y Moisés Guzmán Pérez.⁴⁴ En el caso de Morelos no han sido muchos los estudios que se han dedicado al prócer después de las monumentales obras de Lemoine⁴⁵ y Timmons.⁴⁶

En cambio, una serie de trabajos muestran el interés de los historiadores por descubrir a una serie de figuras no protagónicas, pero sin duda relevantes. Sobre los obispos y el alto clero, Guadalupe Jiménez Codinach⁴⁷ y Cristina Gómez⁴⁸ realizaron estudios pioneros. Guadalupe Jiménez nos ofrece los mejores ribetes de la actuación y postura del famoso obispo Abad y Queipo, su indeclinable postura liberal, su extraordinaria sensibilidad social en el México preinsurgente. En tanto, Cristina Gómez nos ofrece el retrato de dos obispos poblanos, Campillo y Pérez Martínez y sus complejas reacciones ante la cambiante coyuntura política. En ambos casos, los estudios nos dejan una lectura novedosa de las fuentes y una interpretación que rebasa ampliamente las versiones maniqueas que sobre estos personajes habían prevalecido. Por otra parte, la actuación de estos personajes se estudia también en los foros abiertos por los próceres liberales de la Península. El trabajo de Ana Carolina Ibarra sobre el canónigo oaxaqueño José Mariano de San Martín,⁴⁹ vino a mostrar en 1996 que los miembros de estas corporaciones no dormían la siesta en el coro de las catedrales. Un primer acercamiento a la cultura e inquietudes de los miembros de los cabildos y su relación en la política.

No podemos agotar los casos en que, en obras con propósitos más amplios, el estudio de algunos eclesiásticos recibió particular atención; de éstos vale la pena citar al menos un par que son relevantes: Francisco Severo Maldonado y Antonio Joaquín Pérez Martínez en Brian Connaughton,⁵⁰ Morelos en la obra de Taylor.⁵¹

⁴⁴ Moisés Guzmán Pérez, "Hidalgo y los Estados Unidos", en *Miguel Hidalgo y el gobierno insurgente en Valladolid*, Morelia, Universidad Michoacana, 2003.

⁴⁵ Ernesto Lemoine, *Morelos y la revolución de 1810*, México, UNAM, FFyL, 1984, entre otras obras suyas.

⁴⁶ W. Timmons, *Morelos, sacerdote, soldado y estadista*, México, FCE, 1982.

⁴⁷ Guadalupe Jiménez Codinach, "Introducción", en Manuel Abad y Queipo, *Colección de los escritos más importantes*, México, Conaculta, 1994 (Cien de México)

⁴⁸ Cristina Gómez Álvarez, *El alto clero poblano y la revolución de Independencia, 1808-1821*, México, UNAM, 1997. Y también Cristina Gómez y Ana Carolina Ibarra, "El clero mexicano y la independencia novohispana, convergencias y divergencias de tres clérigos poblanos", en Brian Connaughton, Álvaro Matute y Evelia Trejo (coordinadores), *Estado, Iglesia y sociedad en México. Siglo XIX*, México, UNAM, FFyL/Miguel Ángel Porrúa, 1995.

⁴⁹ Ana Carolina Ibarra, *op. cit.*,

⁵⁰ Connaughton, *Clerical ideology...*

⁵¹ Taylor, *Magistrates of the Sacred...*



Clero, política e ideología: pastores de almas, intelectuales y políticos.

En una tesitura distinta a la de los autores inmediatamente antes citados se sitúa el trabajo de Brian Connaughton. Connaughton no se interesa directamente en la guerra de independencia. El propósito de sus diversas obras parece ser más bien el comprender de qué manera transita el clero mexicano a lo que podríamos llamar la modernidad, concretamente en el tránsito del Imperio Español al Estado nacional. Su gran pregunta se refiere a si el clero es en su conjunto una fuerza conservadora (o retardataria), como suele ser caracterizada en los manuales liberales y en la historia oficial, o si es necesario romper con estos esquemas para estudiar a la Iglesia decimonónica en toda su complejidad. Para Connaughton, la visión monolítica de la Iglesia con frecuencia dificulta el abordaje de muchas de las temáticas que nos interesan y, por lo mismo, es indispensable ser consciente de la diversidad de respuestas, a veces contradictorias, que ofreció la Iglesia a los retos de una época de grandes conflictos y confrontaciones. La preocupación del autor se sintetiza en el título de la reciente traducción de su obra: *Clerical Ideology in a Revolutionary Age* (2003).⁵² En éste y en otros trabajos, la independencia es sólo un hito que forma parte de un asunto más amplio (el advenimiento de la modernidad y la formación del Estado nación); se trata de un proceso en el cual el discurso tradicional del clero se modifica y se muestra receptivo a las más diversas influencias, de tal manera que recalca “el carácter permeable de la frontera entre lo religioso y lo cívico” hasta llegar a demostrar que no solamente había enfrentamientos entre la Iglesia y el Estado, sino que también hubo momentos de colaboración.

La obra de Connaughton trabaja sobre la base del discurso, fundamentalmente a través de los sermones impresos y la folletería de la época. Desprende de ello una cultura política que se transforma y cómo en busca de nuevas corrientes de pensamiento recurre a sus antiguos referentes. Este autor nos presenta un clero polifacético y receptivo. Por eso cobran sentido y vigencia en la nueva situación metáforas como la del cuerpo místico; el providencialismo se articula a la “idea de una misión trascendente de la nación católica mexicana y a su derecho a la independencia”.⁵³ Contrario a lo que acostumbramos suponer, el clero de esa época, al menos en algunos lugares (como lo demuestra

⁵² Connaughton, *Clerical ideology...*

⁵³ Brian Connaughton, “Prédica de doctores” en *Dimensiones de la identidad patriótica...*, p. 51.

bien para Guadalajara), se esfuerza por “dirigir el cambio, más que negarlo”.⁵⁴

La interpretación de este autor, que matiza en extremo las diversas tonalidades que tiñeron el pensamiento eclesiástico en esa época revolucionaria, contrasta con opiniones más tajantes sobre la ideología, el pensamiento y el discurso del clero. Estas visiones forman parte de la revisión de la historiografía liberal nacionalista y en ese sentido buscan interpretar el pensamiento del clero de una manera distinta de la que se había venido haciendo. Los trabajos de Carlos Herrejón Peredo, primero, y de William Taylor después, buscaron en el pensamiento de los curas líderes de la insurgencia elementos para hacer un contrapeso a interpretaciones como las de Ernesto Lemoine,⁵⁵ Rafael Moreno⁵⁶ y Silvio Zavala,⁵⁷ entre otros, que habían cargado las tintas en el perfil liberal, enciclopedista y moderno de estos curas caudillos. Antes que ellos el maestro Ernesto de la Torre Villar ya había introducido un matiz a las interpretaciones liberales sobre el pensamiento de Hidalgo, aludiendo al interés del prócer por las lecturas, ciertamente no autorizadas por el *Índice*, pero de índole eclesiástica. Un artículo publicado en *Historia mexicana* con motivo del bicentenario de su natalicio, intitulado “Hidalgo y Fleuri”, da cuenta de ello.⁵⁸ De hecho, en la Facultad de Filosofía y Letras se había producido un interesante debate sobre el pensamiento católico de Hidalgo en el que autores como Méndez Plancarte⁵⁹ y Hernández Luna⁶⁰ reivindicaban estos aspectos.

Abundando en ese sentido, el trabajo de Carlos Herrejón Peredo, *Hidalgo, las razones de la insurgencia*, aunque se dedica a estudiar a un solo individuo, hace una interpretación que puede hacerse extensiva al

⁵⁴ *Ibid.*, p. 52.

⁵⁵ Ernesto Lemoine, *Morelos y la revolución de 1810*, 3ª. ed., México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 1990.

⁵⁶ Rafael Moreno Montes de Oca, “La teología ilustrada de Hidalgo”, *Historia mexicana*, México, El Colegio de México, v. V, enero-marzo, núm. 3, 1956, p. 321-336; *La filosofía de la Ilustración en México, estudios interpretativos*, México, UNAM Facultad de Filosofía y Letras, 1962 [Tesis de maestría]

⁵⁷ Silvio Zavala, “Miguel Hidalgo, libertador de los esclavos”, en *Temas hispanoamericanos en su Quinto Centenario*, México, Porrúa, 1986, p. 189-206. [Hay ediciones *Por la senda hispana de la libertad*, México, Mapfre/FCE, 1993, p. 257-268].

⁵⁸ Ernesto de la Torre Villar, “Hidalgo y Fleuri”, *Historia mexicana*, México, El Colegio de México, v. III, número 2, octubre-diciembre de 1953.

⁵⁹ Gabriel Méndez Plancarte, *Reformador intelectual y libertador de los esclavos*, México, Letras de México, 1959 [edición de 1982 en la Universidad Michoacana]; Libros de “El Hijo pródigo”, 1944, p. 9-20; en *Ábside. Revista de Cultura mexicana*, tomo XVII, núm. 2, México, UNAM, septiembre-octubre, 1953, p. 135-170.

⁶⁰ Juan Hernández Luna, “El mundo intelectual de Hidalgo”, *Historia Mexicana*, México, Colmex, v. III, núm. 4, octubre-diciembre, 1953, p. 157-177.



resto de los curas, puesto que tuvieron una formación semejante. En el caso de Herrejón, sus fuentes provienen de los testimonios que ofrecen los procesos inquisitoriales de Hidalgo, fuentes muy ricas para enterarnos de la formación y recursos ideológicos en los que se fundaban los argumentos del cura, además de una evaluación de los textos que se encontraban en su biblioteca personal. En sus páginas, Herrejón despliega una espléndida información sobre la formación neo escolástica que se impartía en aquel entonces en los colegios de la Nueva España y la manera en que esta formación podría emplearse como una herramienta muy eficaz para argumentar en contra de la tiranía y a favor de la causa insurgente (la visión suareciana, el pensamiento de Bertí y otros autores muy leídos en los seminarios). Aunque se trata de un libro de los 80, su aparición marca el punto de partida para interpretaciones que, en lo futuro, bien se cuidarán de no ignorar la formación intelectual religiosa⁶¹ de nuestros curas insurgentes. Pone de realce las posibilidades argumentativas que éstos ofrecieron en su momento, abre una dimensión nueva en el estudio del pensamiento de una época en la que casi todos los establecimientos educativos estuvieron en manos de la Iglesia. Por si ésta fuera poca novedad, gracias a Herrejón nos damos cuenta de que esa formación, que se supuso “cerrada” y retrógrada, ofrece más posibilidades de las que habíamos supuesto. Una erudición crítica consolidó una nueva mentalidad en el clero de entonces, dispuesto dar cabida a una serie de inquietudes acordes con los tiempos.

La aportación del trabajo de Carlos Herrejón es coincidente con lo que autores de otras latitudes, como José Carlos Chiaramonte, están poniendo sobre la mesa de la discusión: ¿hubo una Ilustración católica en Hispanoamérica que de alguna manera favoreció el pensamiento crítico, heterodoxo, que tendió las bases, entre otras cosas, para poder más tarde reconciliar el pensamiento católico con el nacionalismo, el liberalismo y el pensamiento moderno? De una manera u otra, los trabajos de Brian Connaughton y de Ana Carolina Ibarra se sitúan en esa misma línea.

William Taylor se apoya en Herrejón para defender su interpretación del “Siervo de la Nación”, pero aún va más lejos. En el apartado “Teología moral e insurrección”, de su vasta obra, el estudioso estadounidense hace un esfuerzo por conciliar las inclinaciones sociales y democráticas del pensamiento de Morelos con su apego a un orden jerárquico y el exclusivismo religioso. “La teología moral que había estudiado y aprendido de memoria como cura párroco era la fuente

⁶¹ Herrejón, *Hidalgo, las razones...*

de su pensamiento político y social, y de muchas de sus acciones en la guerra”.⁶² “La influencia del pensamiento revolucionario americano y francés en Morelos es poco clara”, afirma más adelante. “Aunque indudablemente aprendió mucho de ambos durante la guerra, no hay ninguna evidencia que permita confirmar que leyó a Thomas Paine, o que aceptase estar directamente influenciado por sus ideas”. Es más probable que hubiese extraído de un texto como el *Itinerario para párrocos de indios (1771)*, los argumentos para hacerle la guerra a los tiranos, como lo afirmó Morelos en su proceso inquisitorial. El *Itinerario*, texto empleado por casi todos los curas para orientar su ministerio, se refiere a la obligación espiritual y material del clero de ser caritativos con los miserables. Según Taylor, la manera en que los curas pueden resolver la tensión entre jerarquía e igualdad es a través de la caridad. Así pues, las virtudes que podemos apreciar en los eclesiásticos de la época tienen más que ver con una igualdad cristiana que con valores modernos.

Es en esa lógica, que el autor entiende el título que Morelos se dio a sí mismo: “Siervo de la Nación”. “Como Carlos Herrejón lo ha reconocido, el título alude al verso bíblico ‘y aquel de ustedes que sea el principal jefe de todos, será el siervo de todos los demás...’” Así, Morelos tuvo una doble misión de salvación colectiva (espiritual y política), colocándose al mismo tiempo como siervo de la patria y siervo de Dios.

William Taylor ha subrayado la preocupación manifiesta de Morelos por los asuntos de la Iglesia durante los años de líder insurgente. Destaca la defensa de la causa insurgente como la defensa de “la verdadera religión y la patria”. Por eso, entiende que Morelos hasta el final se concibió a sí mismo como un creyente ortodoxo, un cura leal, y no como un cura renegado.

Algunos trabajos abundan en los temas abiertos por Taylor. Dos artículos de Ana Carolina Ibarra se ocupan de volver sobre los argumentos religiosos que esgrimió la insurgencia para justificar su causa.⁶³ Los curas insurgentes se consideraban a sí mismos como los depositarios de la verdadera religión, en tanto España había cedido a la invasión napoleónica, dando pie, en consecuencia, a que los horrores de la revolución francesa alcanzaran a la península. Los planteamientos de la insurgencia en esa materia podrían coincidir con la

⁶² Taylor, *Magistrates of the Sacred...*, p. 466.

⁶³ Ana Carolina Ibarra, “Excluidos pero fieles”, *Signos Históricos*, Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa, número 7, 2002, p 53-87; “Religión y política. Manuel Sabino Crespo, un cura párroco en el sur de México”, *Historia mexicana*, El Colegio de México, número 221, 2006.



mayor ortodoxia, de no ser porque, en su desesperada situación, los insurgentes optaron por establecer un vicariato castrense como alternativa para que sus tropas pudiesen contar con los debidos servicios espirituales, sin conseguir el aval de la Iglesia institucional para hacerlo. Entonces, la insurgencia rozaba peligrosamente las posturas cismáticas, tan mal vistas por la ortodoxia católica, y recurría a teóricos heterodoxos, por cierto bastante difundidos entre el clero de la época, para justificar su actuación. En un esfuerzo por explicar esta manera de proceder, José Luis González ha defendido la idea de que los insurgentes plantearon “una pastoral de guerra”,⁶⁴ pastoral que era válida por que se hallaban en una situación excepcional que obligó a buscar soluciones de emergencia. Sobre esto mismo, Ana Carolina Ibarra ha destacado la actitud pragmática y contradictoria del discurso insurgente y la dificultad de asimilar sus posturas a definiciones ultramontanas, galicanas o nacionalistas.

A raíz del artículo de González, Ibarra ya había retomado el estudio del vicariato en su libro *El cabildo catedral de Antequera de Oaxaca y el movimiento insurgente*,⁶⁵ en el que además hace patente la gran preocupación de Morelos por los asuntos relacionados con la Iglesia. Allí establece que la ocupación de Oaxaca, avalada por el cabildo de la catedral, abrió un espacio excepcional para que se discutiesen una serie de temas de interés para la Iglesia. Los avances de estos autores permiten conocer el nivel del debate. Estos estudios, así como los trabajos de Cristina Gómez sobre las bibliotecas episcopales,⁶⁶ abren la posibilidad de reflexionar sobre la formación y cultura de los obispos, los doctores y los licenciados que formaron parte de los capítulos diocesanos, quienes, tal y como lo ha puesto de relieve Taylor, posiblemente fueron más ilustrados y estuvieron mejor familiarizados con las nuevas políticas “liberales” que el bajo clero y los curas de formación más modesta.

La obra de mayor alcance que ha conseguido a últimas fechas ofrecer un vasto panorama del mundo de la cultura y el pensamiento de la época, es un trabajo recientemente publicado de Carlos Herrejón Peredo. *Del sermón al discurso cívico, México 1760-1854*⁶⁷ empezó a circular a

⁶⁴ José Luis González, “El obispado de Oaxaca y la vicaría castrense” en Matute, Trejo y Connaughton (eds.), *Iglesia, Estado y sociedad...*

⁶⁵ Ibarra, *El cabildo catedral...*

⁶⁶ Cristina Gómez Álvarez y Francisco Téllez Guerrero, *Una biblioteca episcopal. Antonio Bergosa y Jordán, 1802*, Puebla, BUAP, 1997, y de los mismos autores, *Un hombre de estado y sus libros. El obispo Campillo 1740-1813*, Puebla, BUAP, 1997. Aparte, Cristina Gómez Álvarez, “Dos bibliotecas episcopales de la época de la Ilustración”, en Manuel Ramos Medina, *op. cit.*

⁶⁷ Carlos Herrejón Peredo, *Del sermón al discurso cívico. México 1760-1854*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2003.

fin de 2003; en él su autor discute las ideas, la literatura, la institución eclesiástica y la vida política de México de mediados del siglo XVIII a mediados del siglo XIX. Se trata de una obra que reconstruye la historia de la oratoria, género inscrito en el amplio campo de la retórica, entendiendo a ésta no en su sentido peyorativo, sino como el arte de la persuasión y del bien decir y cuyo registro a lo largo de la historia constituye una fuente de conocimientos para los lingüistas, los filósofos y los historiadores. En su estudio Herrejón confirma la importancia del discurso retórico como expresión de ideas, tradiciones y formas literarias. Lo define como “un complejo género literario y en sí mismo [...] un hecho histórico”. Para el autor, este tipo de discurso incluye dimensiones religiosas y teológicas, de tal magnitud que “no puede construirse una adecuada historia de la religiosidad, de la Iglesia y de la teología en México, sin recurrir a sermones”.⁶⁸

Una parte importante de esta obra está destinada a cubrir el periodo correspondiente a la guerra de independencia. En ese lapso, el autor advierte la tendencia creciente de los sermones a elaborar un discurso de tipo político. Su incremento está relacionado —a ojos de Herrejón—, con los grandes sucesos políticos del momento (la Revolución Francesa, la invasión napoleónica de la península y la guerra de independencia), pero además con el sentido utilitario que va adquiriendo el discurso como uno de los principales valores de la Ilustración. Conforme los acontecimientos se precipitan, es posible advertir que la vehemencia va rompiendo los moldes neoclásicos de las piezas oratorias para dar cabida a sentimientos y argumentos muy diversos. A lo largo de sus páginas, Herrejón estudia una cantidad muy grande de sermones publicados en aquellos años. La elocuencia de Beristáin, Abad, De la Bárcena, Bringas, Casaús y tantas otras figuras de la Iglesia novohispana, es revisada con minuciosidad y sobre la base de un amplio conocimiento de la historia de la época. En tanto es el discurso realista el que llegó con mayor facilidad a las prensas novohispanas, el libro de Herrejón tiene un especial mérito al ofrecer al lector esta otra cara de la moneda, fundamental, tan infrecuentemente recuperada para la historia.

Si consideramos obras como la de Herrejón y el propio Connaughton, podemos concluir que, hacia el nuevo milenio, los trabajos sobre cuestiones relacionadas con las ideas, posturas y pensamiento político del clero se valen de y apuntan cada vez más hacia la recuperación del discurso retórico en sus distintos momentos.

⁶⁸ Herrejón, , *Del sermón al discurso...*, p. 367.



Economía, Iglesia e independencia

Casi no existen obras consagradas a este gran tema. Aun después de la euforia que se produjo en la década de 1990, los estudios dedicados a estudiar a la Iglesia y los curas durante y en la preindependencia, casi no se han referido a su relación con la economía. Por supuesto, los trabajos de Jan Bazant⁶⁹ y Michael Costeloe,⁷⁰ y particularmente éste último, hicieron aportaciones, pero ambos se ocupan de procesos más amplios y no necesariamente a tratar los efectos de la guerra sobre la economía eclesiástica. Por supuesto, el poder económico de la Iglesia en esa época ha estado en el centro de la cuestión, pero muy poco se ha dicho de la economía de la institución durante la guerra. Ciertamente algunos trabajos recientes apuntan al financiamiento de las campañas militares de uno y otro bando, como el artículo de Cristina Gómez “Las arcas de la Iglesia al servicio de la guerra contrainsurgente. Puebla 1810-1812”;⁷¹ un artículo reciente de Marcela Corvera se refiere al impacto de la guerra sobre el cobro y la administración decimal, particularmente en el caso de Taxco;⁷² finalmente algunos trabajos sugieren una estrecha relación entre los recursos de la Iglesia y las elites locales, y cuyo manejo resultó decisivo para el establecimiento de alianzas y acuerdos durante la contienda.⁷³ Sin embargo, son apenas atisbos de lo que podría, sin duda alguna, constituir el objeto de investigaciones más amplias y específicas.

Ha merecido una gran atención, en cambio, el tema de la Consolidación de los Vales Reales y su relación con la guerra de independencia. Al respecto, la obra más reciente y probablemente más completa sobre este asunto es *La dominación colonial. La Consolidación de Vales Reales, 1804-1812* de Gisela von Wobeser,⁷⁴ quien apunta con claridad: “En opinión de muchas de las personas que vivieron los acontecimien-

⁶⁹ Jan Bazant, *Los bienes de la Iglesia en México, 1756-1875*, México, El Colegio de México, 1971 (Nueva Serie, 13).

⁷⁰ Michael Costeloe, *Church Wealth in Mexico; a Study of the Juzgado de Capellanías in the Archbishopric of Mexico, 1800-1856*, Cambridge, Cambridge University Press, 1967.

⁷¹ Cristina Gómez, “Las arcas de la Iglesia al servicio de la guerra. Puebla 1810-1812”, en *Iglesia, Estado y economía* (coord. María del Pilar Martínez López-Cano), México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM/Instituto de Investigaciones José María Luis Mora, 1995.

⁷² Marcela Corvera Poirée, “De la bonanza al ocaso. Las colecturías de Taxco 1788-1833”, en *La Independencia en el Sur...*

⁷³ Tal es el caso de los trabajos de Carlos Juárez Nieto, Ana Carolina Ibarra y Michael Polushin que citamos más arriba.

⁷⁴ Gisela von Wobeser, *Dominación colonial. La Consolidación de Vales Reales, 1804-1812*, México, UNAM, 2003.

tos, la Consolidación fue uno de los factores decisivos de la lucha de independencia en la Nueva España. Esta idea fue compartida posteriormente por la mayoría de los historiadores que se ocuparon del movimiento de independencia y de la problemática económica y social de la primera mitad del siglo XIX.⁷⁵

El trabajo de Von Wobeser posee el mérito de estar respaldado por una documentación exhaustiva, recogida en archivos mexicanos y peninsulares, que permite conocer los efectos de la medida en la vastedad del territorio novohispano afectado, quiénes fueron los afectados, cuánto fue lo que se enajenó a cada persona y a cada institución, qué tanto se pagó en cada caso, cuáles fueron los efectos y las reacciones que la medida provocó. Dada la amplitud de la investigación, el trabajo resulta más completo que los de autores que previamente se habían ocupado del tema. Algunos trabajos, como el de Carlos Marichal, por ejemplo, han puesto en el centro de su interés la comprensión de procesos más amplios y mayormente referidos al campo de las finanzas.⁷⁶

Desde luego, hay algunos trabajos referidos a la consolidación a nivel regional como el de Margaret Chowning.⁷⁷ Otros autores hacen aportaciones interesantes al estudio del diezmo hacia fines del siglo XVIII, tal es el caso de investigaciones pioneras como la de Trabulse sobre Oaxaca,⁷⁸ o posteriores como la de María Isabel Sánchez sobre Michoacán.⁷⁹ A este respecto habría que remitir de nuevo a las obras de Mazín y de Taylor que dedican una buena parte de sus investigaciones a la recaudación del diezmo y a los ingresos de la Iglesia.

Algunos hallazgos

En este trabajo hemos intentado mostrar cómo en los últimos años, la Iglesia se ha convertido en un tema de interés renovado. Se han expuesto las razones que han motivado a que varios historiadores se dediquen, particularmente, a estudiar la situación de la Iglesia y el clero

⁷⁵ *Ibidem*, p. 13.

⁷⁶ Carlos Marichal, *La bancarrota del virreinato. Nueva España y las finanzas del imperio español, 1780-1810*, México, FCE-Colmex, 1999.

⁷⁷ Margaret Chowning, "The Consolidación de Vales Reales in the Bishopric of Michoacán", *Hispanic American Review*, 69, n. 3, Durham, Duke University Press, 1969 y *Wealth and Power in Provincial Mexico. Michoacán from the Late Colony to the Revolution*, Stanford, Stanford University Press, 1999.

⁷⁸ Elías Trabulse (coord.), *Fluctuaciones económicas en Oaxaca a fines del siglo XVIII*, México, Colmex, 1979.

⁷⁹ María Isabel Sánchez, "La administración decimal en el obispado de Michoacán", *Anales del Museo Michoacano*, 3ª época, número 3, Morelia, mayo de 1991.



durante la guerra de independencia. Ha quedado claro, sin embargo, que sin los avances producidos por la historiografía que se ocupa de estudiar a la institución en periodos previos o posteriores a la década de 1810, nuestra comprensión sobre la Iglesia en tiempos de la independencia sería insuficiente. En ese sentido, consideramos que algunos trabajos han sentado las bases para la comprensión de la historia de la Iglesia en un panorama de larga duración.

Por otra parte, ha sido posible apreciar que la última década ha sido testigo de la producción de investigaciones respaldadas por un amplio caudal de documentos provenientes de archivos que antes no estaban disponibles o bien que han sido estudiados desde novedosas perspectivas. En parte, esto mismo ha propiciado la aparición de obras cuyo sello distintivo es el empleo de un análisis sistemático y cuidadoso de dichas fuentes. Pareciera que algunas obras no han escatimado esfuerzos ni en el trabajo de investigación empírica (algunas podríamos calificarlas de exhaustivas), ni para aproximarse a metodologías novedosas que sirvan para un análisis más rico de su objeto de estudio.

Desde luego, hay aún mucho por discutir, y mucho por avanzar en la riqueza de fuentes abiertas para la investigación. Sin embargo, al concluir este balance inicial, queda la impresión de que, si observamos la constelación de trabajos referidos a la Iglesia de la época producidos en los últimos años, el conjunto consigue ofrecer una aproximación al tema. Se han abierto además vetas nuevas. Podríamos sospechar que en el ámbito de estos estudios ha sido posible incorporar las propuestas provenientes de otras disciplinas, tales como la lingüística, la etnología y la antropología cultural, por mencionar algunas.

Aunque los trabajos recientes abordan de diferente manera el tema, no hay ruptura entre ellos sino complementariedad. No deja de llamar la atención que entre ellos se perciban continuidades que son el resultado del trabajo y el saber acumulado, producto en parte, quizás, de una formalización académica de los estudios sobre el tema.

En su conjunto, la historiografía que se ha producido entre la década de 1980 y el primer lustro del siglo XXI refleja un gran vigor que se traduce no sólo en nuevos enfoques de análisis y reflexión, sino en la búsqueda de nuevas fuentes y temas. Diversas instituciones han apoyado a lo largo de estos años el desarrollo de las investigaciones en este campo. De esta manera ha sido posible dar a conocer a veces esfuerzos particulares, o estudios colectivos como los que el lector tiene en sus manos.